

Los traíamos desesperados. A ellos, al Turuta y a Santiago Apóstol, la pareja nada marcial de guindillas a cuyo cargo quedaba aquella zona de la ciudad, desde la Cuesta de los Perros hasta la Antigua, comprendida la zona fabril a izquierda y derecha del puente gótico de San Albín y el pontón ferrado del tren, con el punto rojo de su vigilancia localizado en el recodo que daba paso a Tintes Gilart, el inminente Museo Textil de Béjar, donde ahora luce el indicador de un judería ficticia, porque los fieles a la ley de Moisés nunca vivieron en Béjar apartados del resto de la población, mezclados unos y otros en buena, mala o regular compañía hasta que sobrevino el mazazo de una expulsión cuya crueldad vanamente intentaron atenuar los Zúñiga. Ahí está el documento que lo acredita, descubierto por Anastasio Rojo y editado por mí ('Papeles del Novelty', Salamanca, 2008, núm. 17), pero ya se sabe que, como denunció Azaña, «en España la mejor

forma de guardar un secreto consiste en publicarlo».

La nieve al fondo y la soledad en las calles. El corazón se me encoge cuando vuelvo la mirada al territorio en puntas de la memoria. El sonar incesante de los telares. Tres tur-

nos de obreros las veinticuatro horas del día. Trac-trac, ese fue el rumor afanoso de mi infancia, con las traseras de nuestra casa separada por un jardín interior, paraíso de pocos cerrado para muchos, de la fábrica de don Juan Muñoz, cronista de la

ciudad y fabricante de paños, hombre culto y curioso a quien ningún saber le fue ajeno, versado en las ciencias del textil, en arqueología y en historia, con especial atención a la Plaza de Toros de La Ancianita, la más antigua del mundo.

«3.500 obreros textiles y 3.500.000 metros de tela de capacidad de producción», destacó R. Ferrari Billoch en un reportaje publicado en 'El Español' a comienzos de 1954, «Béjar, capital industrial del oeste de España». No eran números de fantasía, sino cifras reales, aunque en estos duros momentos suenen a ciencia ficción. Paisaje con paisanaje, Ferrari lo cantó alborozado: «... las aguas purísimas del Cuerpo de Hombre, río formado en las nieves perpetuas de Hoya Moros [...], dan fuerza motriz a los múltiples establecimientos industriales que bordean su ri-»



El sonar de los telares. Tres turnos las 24 horas del día. Trac-trac, ese fue el rumor afanoso de mi infancia



▲ Edificio de la antigua fábrica de Tintes Gilart, en la finca San Albín, adquirido por el Ayuntamiento de Béjar para albergar el Museo Textil de la localidad. Arriba, Santonja en el túnel